

APROXIMACIÓN A *PEPITA JIMÉNEZ* COMO NOVELA PSICOLÓGICA

MANUEL VILLEGAS BESORA
VIRGILIO IBARZ SERRAT
Universidad de Barcelona
Universidad Ramón Llull

RESUMEN

Pepita Jiménez ha sido considerada una novela psicológica e incluso un drama psicológico. Numerosos autores piensan que en esta novela se sugiere al lector, a través del comportamiento de los protagonistas, las notas más importantes de su idiosincrasia. Precisan que la técnica creativa que el autor emplea a ese fin es precursora: el carácter se reflejará en el comportamiento, procedimiento que los conductistas perfeccionarían muchos años después.

Los procesos psicológicos de los protagonistas de la novela van perfilándose a través de estados de ánimo y de impresiones íntimas muy bien analizados, utilizando los medios más directos, desde la confesión epistolar al monólogo y la introspección.

Manuel Azaña destacó la importancia de *Pepita Jiménez* en la restauración del género novelesco español y la primacía en el orden de la novela psicológica. Piensa que es una novela psicológica porque su autor se aplicó a analizar los sentimientos de los personajes, más que a mostrarlos directamente representados en una acción.

ABSTRACT

Pepita Jiménez has been considered to be a psychological novel or even a psychological drama. Many authors think that in this novel the most important traits of the main characters' idiosyncrasies are suggested to the reader through their behaviour. They point out that the creative technique used by the author to this end is precursory: character is reflected in behaviour, a procedure which behaviourists would improve

many years later.

The psychological processes of the main characters in the novel are gradually described through well-analysed states of mood and inner impressions, using the most direct means, such as epistolary confession, monologue and introspection.

Manuel Azaña pointed out the importance of *Pepita Jiménez* in the restoration of the Spanish novel genre and the primacy within the group of psychological novels. He thought it is a psychological novel, because its author applied himself to analyse the feelings of the characters, rather than to show them directly represented in an action.

INTRODUCCIÓN

La consideración de *Pepita Jiménez* como novela psicológica o incluso como drama psicológico (Azaña, 1971; García Cruz, 1978; Jiménez Fraud, 1973; Lott, 1970; Martínez Palacios, 1988 y Montesinos, 1957) nos ha motivado para realizar esta investigación. Estamos interesados en analizar las posibles relaciones entre la historia de la literatura y la historia de la psicología.

Numerosos autores piensan que en esta novela se sugiere al lector, a través del comportamiento de los protagonistas, las notas más importantes de su idiosincrasia. Precisan que la técnica creativa que el autor emplea a ese fin es precursora: el carácter se reflejará a través del comportamiento, procedimiento que los conductistas perfeccionarían muchos años después.

Sabemos que el autor de la novela, Juan Valera (1824-1905), rondaba los cincuenta años al escribir (1873) *Pepita Jiménez*, primera novela de su extensa obra. En cartas coetáneas de la composición de *Pepita Jiménez* (Azaña, 1971), Valera se muestra inquieto, malhumorado y triste. Sus asuntos personales no marchaban bien. La abdicación de Amadeo de Saboya y el advenimiento de la República habían detenido el ascenso de Valera en las posiciones políticas, privándole de mando, de empleos y de honras oficiales. Valera pensó en librarse de los apuros económicos cultivando un género literario popular. También deseaba un reconocimiento social que le sirviese de desquite, brindando un nombre glorioso a su mujer, un tanto incrédula sobre la habilidad del marido para las cosas prácticas de la vida.

Retirado a Doña Mencía y Cabra, su pueblo natal en la provincia de Córdoba, Valera halla un respiro en su vida social. Sin Cortes, sin periódico en que publicar sus artículos políticos, sin empleo en la diplomacia (estaba cesante desde 1866) puede finalmente dedicarse a su vocación de escritor. Los antiguos lugares de la infancia suscitan la vena narrativa. Valera se concentra, trabaja con esmero. En este contexto su tardía

profesión de novelista representa un esfuerzo por recobrar. De este esfuerzo surge *Pepita Jiménez*.

La novela se publicó en la *Revista de España* de marzo a mayo de 1874. Poco después apareció en volumen. *Pepita Jiménez* alcanzó rápidamente el éxito internacional, siendo traducida a varios idiomas y ejerció sobre las novelas que le siguieron en el tiempo una gran influencia. Las citas de Valera que incluimos en este trabajo corresponden a *Pepita Jiménez*, Espasa-Calpe, 1983, que sigue fielmente el texto original de 1874.

ESTRUCTURA DE LA NOVELA

La estructura superficial de la novela la protagoniza el viejo pretexto literario -hallazgo fortuito de manuscritos- que supone un homenaje a la memoria de Cervantes. El legajo que el Deán finge encontrar consta de tres partes: "Cartas de mi sobrino", "Para'ipómenos" y "Epílogo. Cartas de mi hermano". A través de ellas se analiza un proceso de seducción.

El joven seminarista Don Luis de Vargas, de regreso a su pueblo natal para unas breves vacaciones antes de pronunciar sus votos, se encuentra con que su padre, Don Pedro, se dispone a contraer nuevas nupcias con la joven Pepita Jiménez, de veinte años, viuda de un octogenario, y de singular belleza y piedad. Los contactos entre el futuro sacerdote y la joven viuda producen un gran impacto en el joven, que ha pasado su adolescencia entre teólogos, y que piensa dedicar el resto de sus días a la conversión de los infieles.

Don Luis, sin darse cuenta, cede poco a poco a una pasión que él considera pecaminosa, pero que termina por hacerse más fuerte que su vocación y que el respeto que siente por su padre, en el que ve secretamente un rival. A pesar de luchar con todas sus fuerzas contra esta pasión, Don Luis termina reconociendo que el nuevo sentimiento es más fuerte que su vocación religiosa. Finalmente decide enfrentarse con su padre y le comunica su renuncia a los votos por el amor de Pepita. Pero en lugar de hallar en Don Pedro la reacción que esperaba, éste le revela que ya lo había comprendido y que por su parte había hecho todo lo posible para que las cosas llegasen a su solución natural.

Debemos destacar que el lance principal de la novela, la seducción del seminarista por la viuda, traslada, alterándolo un poco, cierto caso de la familia del autor (Azaña, 1971, p. 215). Por otra parte, se puede observar, siguiendo la correspondencia del autor, que Don Luis de Vargas incorpora algunos sentimientos personales de Valera. La juvenil ambición de Don Luis se expresa en términos que trasladan casi literariamente

algunos párrafos de las cartas escritas por Valera en su juventud.

En nuestra opinión, lo que hace moderna esta novela, su raíz psicológica, es que el personaje principal vive un drama existencial, en busca de una identidad. El drama interior de Don Luis aparece de pronto, cuando el personaje creía tener una identidad y una vocación religiosa y esas convicciones se tambalean.

En la estructura interior de la novela se configura una oposición entre el Espíritu y la Naturaleza. Esta oposición se traduce en que Don Luis siente la necesidad de una elección: el amor divino o el amor humano. Entre el protagonista de comienzos de la novela y el que se enfrenta a su padre en las páginas finales ha discurrido un largo proceso de transformación en distintas fases.

La primera fase representa la voluntad. Al empezar la novela el personaje parece caracterizado por la seguridad en sí mismo. Don Luis cree que es un hombre nuevo forjado por la voluntad que se ha impuesto al yo natural e instintivo. Se puede observar que el hombre nuevo controla la personalidad y el comportamiento.

Las cartas de Don Luis a su tío, el Deán, sirven para descubrir las características de su vocación religiosa, donde el amor a Dios es tan potente como su ambición personal: será sacerdote porque ama a Dios, pero también porque *la escasez de sacerdotes instruidos y virtuosos excita más en mí el deseo de ser sacerdote* (Valera, 1983, p. 21). Podemos apreciar que bajo la fe está el orgullo. Don Luis se cree un hombre virtuoso, pero también un elegido. Este alto concepto de sí mismo es el que le induce a infravalorar a los demás, a quienes viven en el mundo material y se adornan con falsos sentimientos religiosos, como Pepita Jiménez (p. 23).

La segunda fase está representada por el descubrimiento del amor. Hasta ahora Don Luis ha tenido una visión intelectual de Pepita producto de sus impresiones y de analizar o transcribir las opiniones que sobre ella emiten los demás. En realidad, esta segunda fase comienza cuando la Pepita real desborda el panorama de su imaginación y atrae los sentidos de Don Luis.

El primer indicio de la crisis religiosa hace su aparición en la tercera carta de Don Luis al Deán. Le parece una profanación que, hallándose tan cerca de cumplir el sueño de su vida, distraiga *la mente hacia otros objetos* (p. 29). La cuarta carta es muy significativa a este respecto. Observamos que cuando Don Luis ve a Pepita ya no reitera los adjetivos impresionistas, "calculadora" y "fría", sino los mismos o parecidos que utiliza para describir el paisaje, "natural", "fresca" y "sencilla". La antigua visión se transformará en una ilusión que revoluciona los esquemas

vitales del seminarista.

Pepita comienza a afincarse en la imaginación de Don Luis coexistiendo con la fe religiosa. *Cuando rezo -dice Don Luis- padezco distracciones; no pongo en lo que digo a mis solas, cuando el alma debe elevarse a Dios, aquella atención profunda que antes ponía* (pp. 41-42).

Por la carta de 20 de abril sabemos que el Deán ha sugerido el posible enamoramiento y que a Don Luis se le han abierto los ojos. El descubrimiento del amor es un acontecimiento que le sobrecoge. Azaña intuyó lo que definimos como "descubrimiento del amor" al decir que *Don Luis se enamora velozmente de Pepita, pero en algún tiempo no conoce, ni por tanto, confiesa que está enamorado* (Azaña, 1971, p. 226).

En una escena de la novela Pepita y Don Luis se quedan solos en medio de un paisaje bucólico. El seminarista cuenta al Deán que se sentía en la misma situación que los santos antiguos al ser tentados. La soledad con la mujer le produce una sensación jamás experimentada: un estremecimiento que no cesará a lo largo de la escena. Este estremecimiento está causado por la sensación propia de alguien a quien le está sucediendo algo cuya causa ignora: una intensa emoción que no puede ser reconocida.

Don Luis experimenta el descubrimiento del amor con todas sus características. Por el tono de las cartas, el amor se le ha presentado en forma de revelación. Es un ser que ama y al percibirlo adquiere conciencia de ser distinto del que era. En una carta de 19 de mayo confiesa al Deán:

Sobre este amor determinado, que ya veo con evidencia que Pepita me inspira, se levanta en mi espíritu el amor divino en consurrección poderosa. Entonces todo se cambia en mí y aun me prometo la victoria (Valera, 1983, p. 88).

Sin embargo, la inutilidad del combate viene expresada en los comienzos de la carta siguiente, de 23 de mayo:

El proceso de mi mal es rápido. Como piedra que se desprende de lo alto del templo y va aumentando su velocidad en la caída, así mi espíritu ahora (p. 89).

Don Luis advierte que le falla la voluntad. En su desfallecimiento pedirá auxilio a Dios.

La tercera fase representa el autoconocimiento. Don Luis creyendo que su amor por Pepita le anula, decide recuperar su yo antiguo, es decir, ser el de antes. También Pepita lucha por su identidad. Este climax de la novela coincide con un cambio en la función narrativa.

En la carta de 11 de junio, Don Luis refiere la expresada declaración de propósitos; sin embargo, en la del 18 del mismo mes dice que no

puede recobrar la voluntad del pasado ni reorientar su camino hacia Dios por la sencilla razón de que no hay orden en su actividad reflexiva: *El desorden de mis ideas se conocerá en el desorden de lo que estoy escribiendo* (p. 99).

Súbitamente las cartas concluyen. La tercera persona del Deán sustituye a la primera del protagonista en la función narrativa. La sustitución permite enfocar la novela hacia Pepita, hasta ahora el personaje contemplado. La novela adquiere un aire nuevo ya que el lector deja de estar frente al protagonista que lo contaba todo al Deán para observar a Pepita en el escenario.

Pepita es muy diferente a Don Luis. Va a mostrar su carácter al desear lo que los demás consideran un amor imposible. Frente a Don Luis que ama, pero no quiere amar, se levanta la decisión de quien no tiene la menor duda acerca de su identidad ni de su busca. El matrimonio de Pepita con un octogenario no había sido consumado, y no acepta que Don Luis le impida la nueva posibilidad.

A pesar de su decisión, Pepita prometerá a su confesor arrojar a Don Luis de su pensamiento. Sin embargo, como en el caso de Don Luis, los instintos contradicen a los razonamientos. Y es entonces cuando la novela entra en un momento clave que nos permite descubrir su sentido: el orgullo de ambos inicia un combate cuya resolución dependerá de la voluntad más decidida. De Pepita sabemos que no alberga dudas sobre quién es; pero con Don Luis no sucede lo mismo.

Los personajes secundarios de la novela tienen la misma función: provocar la expresión de identidad, recurso que permite al novelista del siglo XIX calar en la fibra íntima de los personajes. Antoñona, la criada, entra en escena. Ésta desempeña un papel ambiguo, cuya importante función consiste en ser el hilo mediante el que Ariadna-Pepita sacará a Don Luis del laberinto. Con un lenguaje sencillo, destruye la imagen que Don Luis se había forjado de seminarista respetable llamado a los más altos designios. Antoñona consigue que Don Luis muestre sus dudas respecto al proyecto de personalidad que se había construido.

Antoñona convence a Don Luis de que la vida de Pepita puede extinguirse si no consigue su amor. Horrorizado ante esta visión, Don Luis decide ir a verla. Antoñona ha cumplido su misión y abandona la escena.

Finalmente vamos hacia ese momento en que la Naturaleza, representada por Pepita, se impone. La novela, que como advierte el autor discurre sobre el papel pautado de la literatura mística, deja el camino de perfección y llega a la vía unitiva, reemplaza la noche oscura del alma por la noche de los enamorados, que se desarrolla en la noche de San Juan.

Don Luis se siente embriagado. Las sombras nocturnas lo abrazan todo. La entrevista comienza con Pepita y Don Luis en guardia; él dispuesto a vencer con sus razonamientos, ella con la pasión y el instinto. La entrevista termina cuando ella descubre sus sentimientos en una declaración de amor de las más bellas de la literatura española:

Yo amo en usted, no ya sólo el alma, sino el cuerpo, y la sombra del cuerpo, y el reflejo del cuerpo en los espejos y en el agua, y el nombre y el apellido, y la sangre, y todo aquello que le determina como tal Don Luis de Vargas; el metal de la voz, el gesto, el modo de andar y no sé qué más diga. Repito que es menester matarme. Máteme V. sin compasión. No; yo no soy cristiana, sino ídolatra materialista (p. 169).

El resultado es conocido. Don Luis se entrega y aparece como un hombre nuevo. El resto de la novela importa ya poco. Es un conjunto de epílogos para el lector de la época.

En nuestra opinión, *Pepita Jiménez* es una novela de un realismo psicológico, distinto del realismo naturalista de la tradición española. Es una novela psicológica escrita con la parsimonia que le gusta a Valera, con la lentitud que requiere el análisis sentimental. Creemos que a Valera le debió ser fácil ponerse a escribir las cartas del seminarista dirigidas a su tío. En otro tiempo, Valera dirigía sus cartas a Cueto, marqués de Valmar, para darle cuenta de su propio enamoramiento (De Coster, 1956 y Sáenz de Tejada, 1974).

El seminarista Don Luis se analiza a sí mismo en sus cartas. Desde la primera página de la novela, desde su primera carta, el seminarista no dejará resquicio de sí mismo ni de los que le rodean por analizar. Los procesos psicológicos de los protagonistas van perfilándose a través de estados de ánimo muy bien analizados, utilizando los medios más directos, desde la confesión epistolar al monólogo y la introspección.

La personalidad del seminarista queda algo desdibujada en relación con su oponente femenino. Don Luis es orgulloso y ambicioso. Un rasgo interesante es que físicamente se parece al autor. Al final de la novela se puede observar en Don Luis una aceptación resignada de no poder ser un místico. Pepita es una mujer religiosa, inteligente, discreta, generosa y decidida. Es ella quien al final de la novela se ocupa de mitigar la melancolía que a veces siente Don Luis por no haber podido ser un buen religioso.

Estamos de acuerdo con Azaña cuando destaca la importancia de Valera en la restauración del género novelesco español y *la primacía en el orden de la novela psicológica, mediante Pepita Jiménez* (Azaña, 1971, p. 57).

Valera había aprendido en la lectura de los místicos el valor de la

experiencia interna. Ateniéndose a ella, emancipa al individuo. En *Pepita Jiménez* y en las novelas posteriores, se aplicó a analizar los sentimientos de los personajes, más que a mostrarlos directamente representados en una acción.

A este respecto, y antes de ponerse a escribir *Pepita Jiménez*, Valera había dicho:

Hay novelas en que a los personajes, exteriormente, nada les ocurre digno de contarse; pero en lo íntimo de su alma hay un caudal de poesía, que el autor desentraña: es la novela "que podemos llamar psicológica" (Azaña, 1971, p. 213).

BIBLIOGRAFÍA

- Azaña, M. (1971): *Ensayos sobre Valera*. Madrid, Alianza Editorial.
- De Coster, C. (1956): *Correspondencia de don Juan Valera*. Madrid, Castalia.
- García Cruz, A. (1978): *Ideología y vivencias en la obra de D. Juan Valera*. Salamanca, Universidad de Salamanca.
- Jiménez Fraud, A. (1973): *Juan Valera y la Generación de 1868*. Madrid, Taurus.
- Lott, R.E. (1970): *Language and Psychology in Pepita Jiménez*. Urbana, University of Illinois Press.
- Martínez Palacios, J. (1988): "La estructura interior en *Pepita Jiménez*". Centro Asociado de Tortosa UNED, CADUP, pp. 163-194.
- Montesinos, J.F. (1957): *Valera o la ficción libre*. Madrid, Gredos.
- Sáenz De Tejada, C. (1974): *Juan Valera. Cartas Íntimas*. Madrid, Taurus.
- Valera, J. (1983): *Pepita Jiménez*. Madrid, Espasa-Calpe.